

El accidentado velatorio

Vicente Umpiérrez Sánchez

An abstract painting with a textured, brushstroke-like appearance. The composition is dominated by three main color areas: a teal area at the top, a dark blue area on the left, and a large red area on the right and bottom. The colors are layered and blended, creating a sense of depth and movement. The overall style is expressive and modern.

El accidentado velatorio

Vicente Umpiérrez Sánchez

Capítulo 1

El accidentado velatorio

La Portadilla era el nombre que, desde los tiempos que quedan fuera de los límites de la memoria de la gente del lugar, se le daba al camino de entrada al barrio de Las Lomas. Humilde lugar en donde yo desaparecí como niño para aparecer como hombre; o a casi hombre, porque la vida diaria demuestra tozudamente que hacerse verdaderamente hombre - quien dice hombre, dice mujer - lleva muchos más años de lo que uno, cuando es joven, imagina.

La Portadilla era el ingrato destino de los que echaban días para atrás empujando el codo desde primera hora del día, esclavos de la ingesta permanente de alcohol, a donde fueron empujados, sin apenas resistencia, por los crueles caballeros de la ignorancia y de la pobreza. De ese mezquino sitio no pasaban, al menos que se vieran obligados a visitar al médico de cabecera o a formar parte de la comitiva fúnebre que daba un último adiós al cristiano, que Dios, nuestro Señor, había mandado a llamar urgentemente.

Las hijas de Juan el Patarrasa, para impedir que su anciano padre, fuera al encuentro de la bebida, lo tenían siempre en pijama y, en pijama, maestro Juan, con toda la pachorra que el mundo puede soportar, se deslizaba ladera abajo, para tropezar primero, en la carretera, con la Iglesia, para luego encaminarse ciegamente hacia los bares de La Portadilla. Ron y conversación de viejos entretenían a maestro Juan hasta la hora de regreso a casa, donde le esperaba la escandalosa y repetitiva reprimenda de sus hijas.

De las Patarrasas - el nombre de los padres es el nombre de los hijos, y de las hijas - se decía que eran unas verduleras, dispuestas siempre al pleito verbal y no verbal por la mínima cosa, gente de sangre caliente. Cuando alguna de ellas se dirigía a mí para mandarle un recado a mi madre, quien hacía bordados por encargo, me decía: "Dile a tu madre que es de parte de Juana la Patarrasa". Pero amigo, compañero, pobre de aquel o de aquella que se atreviera a referirse a ellas por su nombre; armaban tremenda y escandalosa guerra, disparando un inacabable arsenal de palabrotas acompañadas de amenazas que daban miedo.

Pero que alguien me explique cómo se puede no llegar a ser una verdulera, si desde que se nace no hay acercamiento alguno a la cultura, al arte, al modo de saber de la filosofía, a un mundo espiritual poderoso y emancipador del que ni siquiera se conoce su existencia. A estas arrechas mujeres tuvo la desgracia de tener que enfrentarse, sin proponérselo, el doctor Retana.

Lo primero y principal que a nosotros, los chiquillos, nos llamaba la atención del doctor Retana era su largo coche, un peculiar tiburón metálico, que despegaba su carrocería del suelo apenas prendía el motor,

haciendo lo contrario cuando el motor se apagaba. Nuestra atención por el referido vehículo se acrecentó cuando un modelo igual apareció en una película, conducido por Fantomas, que era bandido, y que en una frenética persecución policial estuvo a punto de ser detenido, pero sucedió, que de forma mágica, el tiburón metálico desplegó unas alas que llevaba ocultas, y se elevó camino a las nubes. Cuánta decepción nos produjo, a los chiquillos digo, que el bandido, nada más y nada menos que el bandido, superando al muchacho, se saliera con la suya, escapando justo al final de la película.

Un día vimos andar ladera arriba al doctor Retana, iba con su maletín de siempre, donde transportaba sus cositas de médico, que le servían para prestar una adecuada atención sanitaria ambulatoria. Su amable sonrisa y su parsimonia le acompañaban adonde quiera que iba; buena gente era ese doctor Retana, apellido que, por resultarnos raro, lo tomábamos como nombre. Su andadura se alargó hasta la parte alta de la ladera, donde giró a la izquierda para entrar en la calle Cometa, donde se encontraba la casita de pobre de maestro Juan el Patarrasa. No había pasado mucho tiempo desde que la imagen del bonachón doctor se había borrado silenciosamente de nuestros ojos, cuando lo vimos aparecer de nuevo corriendo atemorizado, huyendo de las hijas del anciano Juan, que lo perseguían con insultos de todo tipo, amenazándole con que le iban a propinar una buena paliza. Nunca antes había yo escuchado tantas palabrotas juntas, las cuales no quiero reproducir aquí por evitar añadir fealdad a mi relato, "¡mal rayo te coma!", es lo más bonito que le dijeron al pobre hombre. Hasta la carretera llegaron en su tenaz persecución.

Cuando volvieron jadeantes, sufriendo la acentuada pendiente de la ladera, venían quejándose a grito pelado de no haber podido alcanzarlo para darle su merecido. El estruendoso alboroto de rayos y relámpagos invisibles, sacó de sus casas a los más curiosos, que por nada del mundo se atrevían a preguntar a esas endemoniadas mujeres qué era lo que había sucedido con el doctor Retana. "¡Noveleras que son la gente, mejor se ocuparan de sus asuntos!", decían con rabia y fastidio las Patarrasas.

Los lugares pequeños son sitios donde no se pueden guardar secretos y donde al final todo se sabe.

Retana entró en el cuarto donde Juan, quejoso, yacía en la cama, no se respiraba aire sino vapor de alcohol; un retrato de Juan acompañado de su esposa y de sus hijas, cuando eran bellas muchachas de pelo rizado y rubio, colgaba de la pared que tenía muy mutilada su blancura.

—¿Cómo se encuentra don Juan?—

—Pues ya ve, no me sostengo en pie. Acabo de subir la cuesta, que fui a dar una vuelta a la Portadilla a hablar con los amigos, y estoy asfisiadito y con mucha fatiga, mucha, mucha fatiga.

—Pero cristiano, ¿no quedamos que ya no iba a beber tanto?

—Si no estoy bebiendo mucho. Además, ya casi no tomo ron, en su lugar tomo coñac, pero no lo bebo solo, sino que lo mezclo con refresco de sabor naranja.

Y las hijas de maestro Juan al acecho, sin decir palabra. Y Retana con el diagnóstico más que claro, pero que, para que no se dijera, lo estuvo

auscultando un poco, luego metiendo un palito plano en la boca del enfermo, del presunto enfermo, para hablar con propiedad, y luego unas pocas formalidades más.

El buen doctor no quiso demorarse más y fue esto lo que le dijo a las hijas del señor don Juan: "lo único que su padre tiene es una gran borrachera". Para qué fue aquello. Comenzaron los insultos, las amenazas y la persecución.

Los barrios al igual que los pueblos pequeños son sitios imposibles para guardar secretos, son un cementerio de secretos rotos, son un reinado firme y sin fisuras de la transparencia. Al final todo se sabe, al igual que se supo lo del accidentado velatorio de Juanito el Patarrasa, cuando le tocó morir.

El cadáver yaciendo en una estrecha cama, que se acondicionó en el salón de la casa -lo del salón es una exageración mía- para que hubiera sitio para las acompañantes que iban a estar velando al muerto durante toda la noche, los hombres en la calle, mañana serán ellos los acompañantes, que llevarán los restos del señor don Juan al cementerio, y cuando el sepelio termine algunos cogerán una solemne borrachera, una buena chispa, y un posterior pleito con sus respectivas esposas, a las que jurarán por Dios y por todos los Santos, que ellos apenas si tomaron una copa, y que si lo hicieron fue por honrar la memoria del patriarca de las Patarrasas.

Tenemos a maestro Juan en su recién estrenada no existencia, reducido a materia sin espíritu, materia que ha dejado de tener conciencia de sí misma, en ese sentido, exactamente igual a una lechuga, que ha comenzado ya a corromperse, yaciendo en una angosta cama, vestido con la ropa de los domingos, con un Cristo situado detrás de la cabecera de la cama, puesto ahí por la funeraria El Pensamiento, además de una corona de flores situada a los pies de la cama, atravesada por una cinta de tela negra con letras en dorado que dicen: "Tus hijas no te olvidan".

En el velatorio se ha pasado de la tarde a la noche, y de la noche a la madrugada, comienza el cansancio, y el cansancio demanda reír un poco. Se inicia la narración de anécdotas donde el protagonista primero es maestro Juan, el mismo que justo a la hora del mediodía, pasó a existir solamente en la memoria de los miembros de su familia y de los más allegados. Salió a relucir el cuento de cuando el Patarrasa se lanzó de la azotea a la calle. La cosa sucedió de la manera que a continuación se relata.

El difunto, cuando aún no se vislumbraba el acaecimiento de su muerte, venía subiendo a duras penas la empinada pendiente de la barranquera ancha, la chispa que tenía encima era de las que hacen historia. "Cuando llegue a mi casa, lo juro por mis hijas y por mi mujer que en paz descansen, me voy a tirar de la azotea abajo". Repetía una y otra vez, con la lengua trabada y a modo de letanía, Juanito el Patarrasa. "¡Jesús, Juanito, por Dios bendito, no diga esas cosas!" Le aconsejaba Rosarito, la mujer de Antoñito, de la familia de los Pulpos, que en ese momento caminaba junto a él. Pero maestro Juan seguía erre que erre con su letanía, aunque a veces la cambiaba un poco: "Lo juro por mi madre

muerta, y por mi niñito que nació difunto, la pobre criatura, que me tiro de cabeza desde la azotea de mi casa, y no hay macho en la Tierra que me lo vaya a impedir". Y Juan el Patarrasa llegó a su casa, aprovechó que sus hijas estaban ausentes, subió a la azotea, que le costó lo suyo para conseguirlo, hizo un último esfuerzo para encaramarse al muro y se lanzó a la empedrada calle, no de cabeza, porque se lo impidió el miedo, pero se lanzó al fin y al cabo, desde una altura que no servía para matarse. Los quejidos de ese hombre, postrado en la cama, sin poder moverse, hasta los huesos doliéndole, los quejidos digo, cuando sus hijas le ponían vinagre por todo el cuerpo para curarle las contusiones, daban lástima. Unas cuantas semanas estuvo el Patarrasa dando quejidos y expulsando por su boca, sin apenas fuerza y con voz en pena una nueva letanía: "Que desgracia la mía, que mala suerte, si yo sé esto por nada del mundo me hubiera atrevido a realizar tremendo disparate".

Se acabaron los llantos y comenzaron las risas, risas que no alcanzaron a una de las hijas del señor don Juan, que se le fue poniendo la cara cada vez más seria y agria, y empezó a dar sonoros resoplidos; hasta que estalló como un saltaperoico, que pareciera estar cargado de dialéctica metralla: "Parece mentira, que ustedes dos que son hijas de nuestro padre al igual que lo soy yo, tengan las agallas y el descaro de estar de risas y fiestas, estando nuestro difunto padre de cuerpo presente. Me entran ganas de levantarme y abrirle los ojos para que pueda ver el comportamiento de sus dos barriobajeras hijas, a las que él siempre tuvo como sus niñas preferidas".

Y aquí que comienza el pleito. Dos que le dicen a la una, una que les dice a las dos, trapos sucios que vienen de cuando eran jóvenes y guapas mujeres de ojos de llamativo azul, verdades que fueron mentiras, mentiras que fueron verdades, enredos antiguos no resueltos a su debido tiempo, celos, envidias y rencores debilitados de tanto herrumbre, y las llamas y el humo del incendio cada vez más grandes y más difíciles de aniquilar. Se ponen en pie, a punto están de llegar a las manos, en esto que interviene Encarnacionita, la matriarca de los Tolitoli, que ya tiene sus años y está sobrada de peso, "¡usted no se meta en esto!", grita una de las hermanas, la anciana insiste en su acción de paz, hasta que termina siendo empujada por una de las Patarrasas, resbala y pierde el equilibrio, con tal mala suerte que viene a caer sobre el muerto, que no tiene como defenderse, y que a punto está de caer del lecho mortuorio, rauda y resuelta pasa a la acción Mercedes, la de las Mauras, que evita la caída del cuerpo que fue de Juan y que ahora ya no es de Juan ni de nadie, pero el Cristo, que tampoco tiene como defenderse, tambalea y, en la caída, pierde uno de sus brazos de escayola, para nada necesita el Cristo un brazo si está crucificado, pero queda feo, como fea quedó la corona que ha perdido su forma y ya no es corona ni es nada. Ya no hay llantos, ni rezos, ni risas, sólo griterío, algunas de las mujeres se desmallan y viene entonces el agua con azúcar para paliar los desmayos, y viene el cura, que andaba por allí cerca, a poner orden y paz, gloria a Dios en las alturas y en la Tierra paz a los hombres que aman al señor, y al cura nadie le lleva la contraria por muy aguerrida que una mujer, como las Patarrasas,

sea. Llegó la paz y el orden, volvieron los rezos y los llantos, después de los perdones y las reconciliaciones.

Poco tiempo queda ya para que los hombres se lleven al muerto, ya lo colocaron en el féretro, pronto empezarán los desesperados gritos de las Patarrasas, cuando a la caja mortuoria le den el definitivo cierre y cubra la última imagen de maestro Juan, imagen que lleva ya horas siendo la misma, desde el preciso momento en que la vida decidió abandonarlo.

Suenan las campanas, las mismas que sonaron para otros que murieron antes, avisan que hay un cristiano o una cristiana que ha doblado la carpeta y que ha iniciado ya el camino que conduce al Camposanto. Ahí va maestro Juan, lo que queda de él, solamente materia, que no piensa, ladera abajo, no es su voluntad quien lo mueve, es la voluntad de otros. Ya le venía diciendo desde hace tiempo Angelito el Rubio que le quedaba poco para que le pusieran el pijama de madera. Madera por fuera, ropa de los domingos por dentro, aunque hoy no es domingo ni cosa que se le parezca, hoy es un día oscuro de invierno. En los bares de la Portadilla lo estarán echando de menos. Lo enterrarán dentro de poco, y cuando estén tapando el nicho con cemento y arena, seguro que no faltará cristiano que pronuncie, poniendo la voz grave y con tono de afectación, al tiempo que se hace la señal de la Cruz, la tan socorrida sentencia: no somos nadie.